



EN EL CINE no sorprendería: abundan en los casos —Godard y Truffaut entre otros— de críticos que se transforman en creadores. La literatura es menos pródiga en este fenómeno, pero Alfonso Calderón no se preocupó por las estadísticas del caso y, con *Toca esa rumba, don Azpiazu* (Cormorán, Ed. Universitaria), debutó este mes como novelista.

Pequeño y veloz son dos adjetivos que contribuirían a definirlo. Lo de pequeño es un hecho objetivo; aquello de veloz, menos. Tanto, por ejemplo, detesta las fortuitas conversaciones micreras sobre el tiempo o la salud de los parientes que —dentro de lo posible— prefiere caminar.

Calderón (40 años) pertenece al equipo literario de ERCILLA desde 1965, tiene terror a los perros, amor por los tangos y una considerable afición al fútbol y a las carreras.

Lo que más detesta —y de ahí surge su velocidad— es que le hagan perder el tiempo. Tiene una capacidad de lectura fenomenal, absorbiendo tres líneas en forma simultánea; es subdirector de la Escuela de Periodismo de la U. C., ve gran cantidad de películas antiguas por TV, junta recortes (y da nombre de archivo a esa colección), mientras para escribir es tan mañoso que un pequeño mote de máquina es motivo suficiente para reescribir una hoja entera, aunque se trate del borrador de un artículo.

Le preocupa no estar haciendo algo que le resulte útil o productivo. No son accidentales las palabras de Valéry, que muchas veces lo atormentan: "Tengo el mal de la actividad. No puedo, no sé ni hacer nada. ¡Permanecer dos minutos sin ideas, sin palabras, sin actos útiles! . . ."

Si *Toca esa rumba, don Azpiazu* fuera una novela, se trataría de la picaresca autobiografía de un personaje que desde el biberón hasta el bigote utiliza la emoción de estar existiendo como criterio de verdad. Un inconstante recordador, el narrador acaricia su pasado con la turbulencia imaginativa de quien glorifica tanto la historia como las palabras que la van contando. Aventuras sentimentales, subhéroes prostibularios, profesores de pedagógico, tenues ciudades sureñas, conviven juntos y revueltos.

El trozo que se publica traslada al mito una estampa del loco Aguilucho desde el viejo Barros Arana. A éste se le agrega un 18 sureño, con emparradas y pipeño.

## Libros y autores. [artículo]

Libros y documentos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1978

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Libros y autores. [artículo]

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile